

Nowhere Girl

(avance del libro 'The Jammers')

Magnus Dagon

*Nowhere girl what you had you need
Nowhere girl all functional and neat
Nowhere girl in self-imposed exile
Nowhere girl a martyr-like denial*

B-movie. *Nightmares in Wax*

Esta historia no habla de mí en realidad, y por eso no sé si es adecuado que diga mi nombre. Solo lo narro en primera persona porque así fue como he vivido todos estos acontecimientos, y contarlos desde fuera, de manera externa, sería una extraña manera de resultar leal y fiel a los sucesos.

Tampoco sabría muy bien por dónde empezar a narrarla, la verdad. La literatura no es lo mío. Eso espero que pueda quedar claro enseguida. No soy analfabeta ni nada parecido, pero desde luego no voy a ganar ningún Premio Nobel, o como sea que los llamen a este lado del universo.

En realidad tampoco sé muy bien por qué me ha dado ahora por ponerme en plan cuaderno de bitácora a lo *Star Trek*. Bueno, un poco sí que lo sé. Sé que es el momento, el instante adecuado para hacerlo. A veces uno lo sabe, y no necesita plantearse ya nada más para ponerse a narrar. Es como cuando tocamos en directo, a veces sale de dentro de uno la necesidad de una pequeña improvisación sobre el tema que tantas veces has interpretado.

Vale, otra vez me adelanté. Ya he dejado caer que somos músicos sin siquiera presentarnos de manera adecuada. Pero mi nombre de verdad no importa. Dejémoslo así. Con Echo, el mote por el que muchos me conocen, bastará, aunque no sea mi nombre de verdad. Y como dije, no voy a hablar de mí más que lo necesario en esta historia, así que de momento pasemos a mis compañeros, The Jammers.

Un nombre ridículo, pensarán algunos. Pensadlo dos veces, pues más ridículo suena Pearl Jam si uno se lo plantea, y ahí estuvieron arrasando Eddie Vedder y compañía en su momento. Además, es un juego privado el motivo por el que lo elegimos, porque no solo somos un grupo de música, también lo que se podría llamar, digamos, piratas de las ondas, “expertos en comunicaciones e incomunicaciones”, como le gustaba decir a menudo a Distorsión.

Iré al grano, entonces. De cara al público somos un grupo musical que mezcla guitarras eléctricas con teclados y sintetizadores. Buscad una etiqueta si queréis, nosotros ya hemos dejado de intentarlo: *electrorock*, *trip-rock*, *ambient*... ya se inventarán los críticos alguna nueva en breve. Mientras tanto, si os sirve de referencia, podríamos decir que somos como si Hooverphonic y Depeche Mode se hubieran ido una noche de copas y en mitad de la fiesta se les hubieran unido los componentes de Balamb Garden. Tenemos unos cuantos *hits* de importancia, pero eso, si no viene a cuento, no me molesto en comentarlo ahora mismo. Os vais a una tienda u os conectáis a la Llanura y los descargáis, miraré para otro lado.

Bueno, esa es nuestra vida pública, digamos. Pero como ya he dicho, tenemos una segunda vida un poco más clandestina.

Para entenderla un poco casi mejor que hablamos ya de hechos concretos.

Vamos a situarnos en una de las colonias espaciales a las que fuimos de gira después de estar en Ernópolis I. Cuál, mejor no decirlo. Un empresario nos había contratado para incomunicar a su directo competidor el día en que había una oferta de naves espaciales de última generación. Dado que ambas compañías se dedicaban a la exportación, aquella que se las agenciara primero aplastaría a su rival. No es que fuera un trabajo que nos agradara demasiado, total, ni nos iba ni nos venía el negocio de esos sujetos. Además, con lo de la gira, estábamos empezando a ganar pasta y todo, que era algo bastante nuevo para nosotros (podían reservarnos plantas enteras de un hotel, vale, pero a la hora de la verdad, de la calderilla contante y sonante, no nos habían adelantado ni un miserable *qin* fuera de gastos de mantenimiento, alojamiento y comida).

Por eso cuando el tipo empezó a darnos largas, y dijo que de momento no nos pagaría, Distorsión se enfadó. Bastante, de hecho.

Ya mencioné antes a Distorsión sin presentarle. Él es el cantante de The Jammers, el líder del grupo en más de un sentido. Si yo no os voy a decir mi nombre porque creo que no apporto nada haciéndolo, bástese decir que él se pondría furioso si se conociera el suyo. Es celosísimo de su anonimato, por irónico que pueda parecer. Tanto que cubre su rostro con un holograma que imita a la perfección la nieve estática de los antiguos televisores. Bueno, eso lo sé yo, que me chifla la cultura de los años ochenta del siglo veinte, y sé cómo es la nieve de un canal no sintonizado, ya que en la actualidad se limita a mostrarse un canal muerto y fundido en negro.

Distorsión era buena persona, pero bastante irascible. Tenía un carácter complejo porque su pasado lo era. La diplomacia no era lo suyo, digamos, como demuestra el hecho de que tuviera a nuestro cliente agarrado de las solapas, a punto de levantarlo en vilo. Que por cara tuviera una interferencia en blanco y negro tampoco es que ayudara mucho, la verdad.

—Te lo vuelvo a repetir, queremos el pago, y lo queremos ya.

—Ya os lo he dicho —interpeló el tipejo al que Distorsión amenazaba, apartándose y alisándose el traje—, después de la compra de la nave el presupuesto de la empresa está muy limitado, tendrá que ser más adelante.

Al lado de Distorsión estaba Overdrive, el guitarra del grupo. Overdrive no era un ser humano, sino un alienígena grisáceo cuya mano izquierda acababa en dos muñecas; lo cual, como es obvio, le hacía ser un virtuoso del instrumento como pocas veces se ha visto en la historia de la música.

Aparte de eso solía destacar por ser el verdadero negociante de la formación, con cierta facilidad para la palabra adecuada y la sonrisa tranquilizadora. No fue ese el caso.

—Esta es la tercera vez que nos da largas —se limitó a decir, tratando de tomar la voz cantante para que Distorsión se calmara—. Páguenos ya.

Yo estaba junto a ellos dos, lista para lo que hiciera falta. Detrás de nosotros estaban

los otros dos miembros del grupo, Delay y Fase. Delay era un tipo que se caracterizaba por ser muy poco hablador y bastante serio. Era el bajista, y siempre llevaba gafas y mitones de piloto como los de los combatientes de la guerra de las Ocho Colonias. En cuanto a Fase, era todo lo contrario, de hecho: hablador, charlatán incluso, no callaba ni debajo del agua. Era el batería y tenía un tatuaje en el brazo derecho que lo recorría de lado a lado, en el que ponía "Ídolo Binario". No me hubiera sorprendido verlo algún día también en sus baquetas.

Sí, lo sé, os lo estáis planteando. No he dicho nada de mi propio aspecto. Dejémoslo ahí de momento, ya surgirá más adelante.

El caso es que ahí estábamos los cinco, delante del tío que nos había contratado, y éramos un crisol de emociones contrapuestas. Mientras que Distorsión estaba cabreado de veras por ver cómo le estaban tomando el pelo, Overdrive no hacía más que pensar cómo podía afectar ese escarmiento a nuestra reputación clandestina. Por otro lado Fase estaba fastidiado por haber tenido que currar por nada, y Delay solo pensaba en el dinero que seguía sin llegar a nuestros bolsillos.

Por mi parte, yo estaba harta. Harta de tener que tratar con gusanos como aquel, de tener que hacer cosas que en realidad no me gustaban. Harta de saber muy bien cómo estaba a punto de acabar aquello, como otras tantas veces. Teniendo que dar una demostración de que íbamos en serio.

—Ya os lo he dicho —prosiguió el tipejo sin más miramientos—, no pienso pagaros ahora.

Distorsión se alejó unos pasos hasta llegar a un amplio ventanal octogonal que daba a un almacén de carga de factura muy moderna e hiperfuturista.

—Ahí están tus nuevas naves, ¿verdad? —se limitó a decir. Después de eso apoyó la mano en el cristal y se quedó un rato concentrado, sin decir nada. No podía verse pero su rostro estaba crispado por completo. Los demás lo sabíamos. Habíamos visto esa muestra de rabia y violencia antes.

El cristal estalló en miles de fragmentos frente a la mano de Distorsión. Al mismo tiempo, docenas de cortocircuitos empezaron

a producirse por todo el almacén, de manera aparentemente aleatoria, pero no había que ser un genio para darse cuenta de que no era así. No hubo explosiones, sólo descargas por todos lados, pero la maquinaria había quedado inutilizada por completo, incluyendo las nuevas naves de la empresa. No nos cabía la menor duda de ello.

Eso era lo que Distorsión era, eso era lo que sabía hacer.

—¿Qué has hecho? —gritó nuestro antiguo cliente, que obviamente ya no nos pagaría jamás—. ¡Os mataré por esto! —dijo activando un botón que tenía disimulado en la chaqueta.

—¡Echo! —fue la única orden de Distorsión. No me hacía falta más que eso para ponerme en acción a tiempo. Montones de defensas teledirigidas trataron de dispararnos, pero extendí la mano y ese mero gesto hizo que todos los disparos fueran rebotados, la mayor parte hacia las propias máquinas, que se destruyeron unas a otras. Del resto se encargó Overdrive, que con otro gesto de mano las apagó como si se hubieran quedado sin pilas.

—¿Qué clase de aberraciones sois? —interpeló el empresario, asustado.

Distorsión se acercó muy lentamente. Trataba de fingir lo contrario pero estaba mortalmente cansado. No era una trivialidad lo que había hecho hacía un momento, precisamente.

—Somos The Jammers. Somos los mejores en lo que hacemos. Y a partir de ahora, más te vale que te quede claro que no se juega con nosotros —dijo largándose y haciendo una seña para que los demás le siguiéramos.

Cuando llegamos al hotel donde nos hospedábamos, en una zona completamente reservada para nosotros, Distorsión fue hasta el sofá más amplio que encontró y se tumbó en él sin decir una palabra. Resultaba extraño verle ahí, con ese perenne holograma en el rostro, en apariencia calmado, pero yo sabía que con un torrente de malestar por dentro, de la misma clase que yo estaba empezando a sentir también. No se trata de que le conociera bien, que era el caso —aunque no le conocía

tan bien como lo hacían los demás—, todos habíamos pasado por ese estado mental desde aquel primer concierto en Ernépolis I.

Muchos os preguntaréis qué demonios pasó allí, en esa ciudad podrida de cielos eternamente oscuros, suelos de ceniza y sombras furtivas que se deslizan por sus callejones. Dejémoslo en que conocimos a ciertas personas que nos hicieron replantearnos cuál había sido nuestra actitud hasta ese momento. Todos acabamos por conocer a alguien que nos hace cambiar y de quien preferimos no hablar demasiado. El pasado, pasado está.

Fase y Delay se fueron a sacar bebidas del mueble bar y Overdrive se recluyó en su habitación para seguir practicando con la guitarra. Me quedé sola con Distorsión. Era el momento de hablar.

—Sigues pensando en lo que nos dijo, ¿verdad?

Distorsión giró la cabeza, se levantó y comenzó a andar por la sala en la que estábamos, que era en realidad un pasillo. Cuando estuvo en sombras, pulsó un botón y noté cómo se desvanecía el holograma. Acto seguido se llevó una mano a la cabeza. Distorsión siempre era tremendamente celoso de su anonimato porque detestaba la fama efímera de los músicos de éxito, esa que arruinó tantas existencias, como la de Michael Jackson o Kurt Cobain.

Pero en realidad, y eso ya lo sabíamos todos en el grupo, de quien más quería esconder su rostro era de sí mismo y el pasado que le perseguía.

—Un atajo de críos irresponsables —dijo andando por la habitación, siempre en la penumbra—. Así nos llamaron en esa ciudad.

Se quedó quieto de repente.

—Y no dejes de pensar desde entonces si no tendrán razón. Ni siquiera como piratas de las ondas hacemos valer nuestra reputación, no nos toman en serio.

—Sabes que en parte lo hacemos por el dinero, pero ahora que empezamos las giras eso podría terminar. Podríamos cambiar, ser...

—¿Héroes? —terminó Distorsión, con un tono de reproche—. Por favor, no me hagas reír, Echo.

Iba a contestar con alguna clase de comentario adecuado cuando Fase y Delay pasaron por allí, cada uno con un agujón en la mano, una bebida similar a la cerveza pero algo más fuerte.

—¿Ocurre algo? ¿Se ha muerto alguien? —preguntó Fase con tono medio jocoso, pero Delay le golpeó en el hombro y se largaron acto seguido, sin hacer más preguntas. Por otro lado no lo he mencionado, pero ellos también tenían ciertas cualidades especiales. Más sutiles, menos enfocadas a la acción, quizá. Pero no es ahora el momento de hablar de ello.

—Dentro de poco hasta Fase empezará a preguntarse qué me pasa —añadió Distorsión, volviendo a activar el holograma.

—No es malo tener dudas. Todos las tenemos. Es menos malo agitarse en la duda que descansar en el error.

—De modo que crees que he estado cometiendo un error.

Eso bastó para hartarme en ese momento.

—Eres insoportable cuando te pones así, ¿lo sabías? No creo que tú hayas cometido un error, creo que todos lo hemos cometido. Nos hemos dejado contratar por sujetos que, en el mejor de los casos, no tenían intenciones precisamente altruistas cuando requirieron de nuestros servicios.

—Pero sigues sin contestar a nuestra pregunta, qué se supone que somos ahora.

Tomé aire poco a poco.

—No lo sé, la verdad. Pero sé que a ninguno nos gusta, seamos lo que seamos.

Después de eso se sentó de nuevo, y supe que ya no tenía sentido seguir hablando con él. Era tan obstinado... todo un cabeza dura cuando quería. Y aun así, no podía evitar sentir un aprecio sincero por él.

Salí del pasillo enfadada, airada, y me crucé de nuevo con Delay y Fase. La apatía de Distorsión se me contagió de repente.

—¿Dónde vas? —preguntó Fase, siempre tratando de ser amigable en toda circunstancia.

—Necesito estar sola —fue todo lo que se me ocurrió decir siguiendo mi camino. Sola.

Qué ironía.

Yo, que en el fondo siempre lo había estado, de maneras que no podríais ni siquiera imaginar.

¿Cómo empezar a hablaros de mí misma lo justo, lo mínimo, lo necesario de modo que no me desvíe de la idea central, que es hablaros de todos los demás? Dejémoslo en que cuando aquella nave me dejó en tierra —una nave de naturaleza muy peculiar, que no viene a cuento revelar— yo venía de muy lejos, de hecho tanto que era el primer viaje interestelar que hacía en toda mi vida. Sé que eso puede resultarle increíble a muchos de los que están leyendo esto, pero así era. Nunca había salido de mi planeta natal, y por ello la experiencia de bajar de aquella nave y poner pie en un mundo nuevo era poco menos que algo alucinante para mí. Qué digo alucinante, era un sueño sin precedentes, algo por lo que hubiera matado por contar a mis amigos, a mi familia, a todos los que había dejado atrás.

Pero eso no era una posibilidad para mí. Ya nunca volvería a verles, y lo sabía. Dejémoslo así. No quiero remover de manera innecesaria heridas viejas del pasado. Pongámonos en que la situación es la siguiente: estaba sola en mitad de un mundo desconocido, y todas mis pertenencias estaban en una vieja mochila, la mayoría de ellas objetos sin más valor que el meramente nostálgico. Por supuesto a bordo de la nave me habían ayudado lo indecible, más de lo que podré agradecer jamás. Hasta me ofrecieron quedarme, pero yo quería ver mundo, no estar reducida de nuevo a un espacio constreñido. Lo malo era que tenía tan poco que, creedme, ni siquiera poseía algo que se pudiera considerar una identidad. En serio. Tengo nombre, claro, no lo dudéis. Y lo usé mientras estuve en esa nave, y me conocieron por él. Pero una vez desembarqué me aconsejaron que no lo empleara bajo ningún concepto.

En parte por ese motivo me dejaron en aquel planeta, llamado Wingbolt. Bueno, para ser preciso, planeta no era la manera en que se denominaba. Wingbolt es uno de los llamados Ocho Mundos Coloniales, los ocho primeros asentamientos realmente habitables más allá de la Tierra. Eso quiere decir que aunque

Plutón fue colonizado antes, por ejemplo, nunca fue considerado por la especie humana como un mundo de verdad. Ese sí fue el caso del lugar que comento, aunque se daba una circunstancia más que molesta allí: siempre llovía. Y cuando digo siempre, es siempre. El cielo estaba encapotado de manera constante, y la lluvia era más bien tormenta, furibunda y con rayos y truenos como no había escuchado jamás. Hacía bastante calor también, algo lógico cuando lo pensé después, porque de ese modo el agua se evaporaba con mayor facilidad y ascendía de nuevo para seguir completando el ciclo que la naturaleza había impuesto en aquel peculiar lugar.

De modo que allí estaba, calada y con una mochila al hombro, tratando de buscar algún refugio en las amplias calles solo para descubrir que, como todo el mundo se había acostumbrado a la lluvia, habían dejado de añadir en los edificios, tremendamente futuristas desde mi punto de vista, cornisas en las que resguardarse.

Al fin encontré una suerte de hostel en el que pude pagar con una tarjeta que me habían preparado en la nave y que no guardaba mis datos, solo un saldo en una moneda que no había escuchado en mi vida y se llamaba *qin*, al parecer la divisa oficial en la mayor parte de los lugares del universo. Realmente tenía mucho que aprender aún.

Me senté en la cama de mi cochambrosa habitación, tras rechazar un par de desagradables ofrecimientos para no pasar la noche sola, y vacié el contenido de mi mochila sobre la colcha. Un neceser con champú, acondicionador, pasta y cepillo, un pequeño secador, una pequeña toalla, y otras cosas más íntimas. Medicamentos, de los que no conocía uno solo de ellos y tenía apuntado para qué servían. Un rotulador láser y un bolígrafo convencional. Cuartillas. Ropa limpia, más bien poca. Y varios objetos más de uso personal, que no merece la pena enumerar.

En cuanto a lo sentimental, aunque era poco, ocupaba la mayor parte de la mochila. En concreto un *walkman (autoreverse)* con sus cascos, pilas y varias cintas; una gorra del grupo Balamb Garden; y un pequeño *continuum* de dos octavas de longitud. Sólo esto último lo compré fuera del hogar, digamos, y es como un teclado convencional

pero sin división entre notas, permitiendo toda clase de fascinantes tonalidades. Creo que ya en el pasado lejano alguien lo utilizó, tal vez los Dream Theater, muy dados a esa clase de instrumentos bizarros. En todo caso yo me lo compré porque ocuparía poco sitio entre mis pertenencias. En cuanto al *walkman*, era poco menos que una auténtica reliquia de museo, pero mientras pudiera no me desharía de él jamás.

La gorra, por otro lado, era un absurdo recuerdo de infancia y temprana adolescencia, y como tal lo llevaba más por inercia que por otro motivo de peso real. Tuve la tentación de tirarla, pero me contuve y la dejé donde estaba, junto al resto de las cosas.

Después de lo que he contado será fácil suponerse que mis primeros meses de aclimatación no fueron precisamente fáciles. Tardé bastante en encontrar un empleo sirviendo copas en un garito de mala muerte, y en cuanto tuve unos escasos ahorros lo primero que hice fue comprarme uno de esos terminales con los que conectarme a la Llanura. Toda esa jerga era para mí como chino, pero dado que allá de donde venía siempre adoré la época de los años ochenta y noventa del siglo veinte, supongo que ayudaré si digo que el terminal era algo así como un ordenador de esa época, pero mucho más manejable, modificable y ampliable, y la Llanura el nombre figurado con que se conocía lo que en esos tiempos se llamaba Internet, aunque infinitamente más perfeccionado. El nombre técnico en realidad era I27, pero todo el mundo lo conocía de manera coloquial como la Llanura porque los piratas informáticos que se habían conectado virtualmente decían que esa era la palabra que mejor describía lo que veían cuando estaban inmersos en la maraña de datos.

Uno puede plantearse cómo es que me gustaba tanto aquella época antigua de la historia de la humanidad. La respuesta, en realidad, no tiene nada de sorprendente: adoraba la música de aquel entonces, y aquel que me dijera que estaba más que anticuada corría el riesgo de tener que comerse sus palabras. Sobre todo me apasionaba el *rock* y la música electrónica, y durante mucho tiempo practiqué con mi *continuum* para tratar de reproducir algunos de los mejores solos y temas de aquel entonces. Mi voz por otra parte

no era lo mejor del mundo, pero para algo valía, creía yo. Al menos tenía experiencia de haberme marcado unos bolos allá de donde venía y había estado en varias formaciones, la mayoría entre amiguetes o cosas similares, aunque estuve en alguna un poco más importante. De varias me tuve que largar por culpa de algún componente que empezó a revolotear a mi alrededor como un moscón, pero esa es otra historia.

En cuanto tuve mi propio terminal lo primero que hice fue poner anuncios de que me ofrecía como teclista para una banda. Al principio pensaba que por el hecho de tocar uno de los instrumentos más inusuales de un grupo —guitarristas y bajistas hay a patadas en todos lados— y por el hecho de ser chica que, quieras que no, siempre es un plus en este mundillo, no tardaría en recibir contestación, pero no fue así, y mi decepción no se hizo esperar. Para una cosa que sabía hacer, no había manera de sacarla adelante, de modo que me hundí en mi pequeño y patético mundo y seguí sirviendo copas mientras escuchaba a gente que tenía menos talento y, sobre todo, menos ganas de tocar en directo de las que yo poseía.

Un día, al fin, dejé de lamentarme de mi situación y en vez de esperar a que mis deseos se cumplieran solos fui yo quien se lanzó a perseguirlos. Fue así como cambié el chip y, en vez de ofrecerme como teclista, busqué anuncios de grupos o bandas que necesitaran uno. De ese modo me encontré con el siguiente ofrecimiento:

“Banda de rock electrónico formada busca teclista para sustitución. Ahora mismo somos batería, guitarra, bajo y cantante, con lo que cerraríamos la formación. Buscamos a alguien con ganas de pasárselo bien. Exigimos máxima dedicación, esto no es un *hobby* para nosotros. Vamos en serio. Tenemos ya muchas maquetas y estudio propio, y estamos empezando a negociar para directos por varias colonias”.

“Abstenerse mercenarios. Influencias: Depeche Mode, Hooverponic, Disaster Area, Balamb Garden, Lacuna Coil, Delerium, Garbage, Rammstein, Mike Oldfield, Creedence Clearwater Revival, Té Verde y la Bandeja de Sushi”.

Después de eso venía una dirección de

contacto. Al principio estaba asustada. Parecía que eran muy severos, aunque un análisis un poco calmado del anuncio me hizo ver la mano de más de una persona en su redacción. De todos modos pensé que por intentarlo no perdía nada y les mandé un mensaje. También contesté a otros anuncios, todo hay que decirlo, pero este era sin duda el que más me llamaba la atención.

No tardé en recibir una respuesta, de hecho. Corta, escueta, pero clara y directa.

“¡Hola! Hemos recibido tu respuesta y tendríamos interés en ver qué puedes añadir a esto”.

Y en el propio mensaje, una maqueta de una canción a la que le faltaba el teclado. Me quedé pálida. Yo era muy versátil en la interpretación del instrumento, pero nadie me había hablado de componer. Aun así, traté de esforzarme y lo hice lo mejor que pude, tratando de acoplarme al tono y la armonía general de la canción, que por cierto me pareció muy buena aunque aún no tenía nombre ni melodía de voz.

Componía por el día y por la noche servía copas. Me tiré una semana entera durmiendo apenas lo justo, ya que tuve que hacer turnos dobles para poder pagarme una ampliación del terminal y así poder grabar sonido. Podía haber empleado un programa, sí, pero quería que vieran también mi soltura con el teclado, no sólo lo que pudiera o no pudiera componer.

Cuando les mandé la maqueta estuvieron poco menos que encantados, o al menos la persona con la que hablaba por correo, y me la mandaron de nuevo ya con la voz puesta por si quería “añadir algo”. Era una manera de grabar rarísima, pero que empezó a parecerme muy curiosa, y de hecho llamó mi atención, de modo que añadí unos coros a la voz con el fin de darle volumen y armonía, coros sin letra, aunque luego también acompañé al estribillo.

Yo no lo sabía aún pero acabábamos de crear nuestra primera canción como grupo, llamada *The Ghost*, y de las más recordadas que haríamos jamás.

Después de eso recibí una invitación a conocer al resto de los miembros del grupo, y para ello me dijeron que una nave me iría a

buscar a Wingbolt. Creo que se dieron cuenta de que estaba realmente pelada de pasta. Poco sabía yo de ellos, por otro lado, pero ya era mayorcita y si me metía en problemas no sería ni mucho menos los primeros que experimentara.

La nave vino a los dos días y me sentí un poco decepcionada cuando vi que era un convencional modelo de dos plazas y de él bajaba alguien que, seguro, no era uno de los componentes del grupo, de hecho ni siquiera parecía músico. Era un hombre ya en sus cincuenta, de rostro adusto, gafas cuadradas y mentón anguloso. De más joven debió ser bastante atractivo, en todo caso ofrecía un porte señorial, con mucha presencia. Se acercó a mí y me miró fijamente.

—¿Tú eres la teclista? —preguntó tratando de esbozar una sonrisa.

La pregunta no era una tontería, como bien saben aquellos que alguna vez han quedado con alguien a quien no han visto jamás. Respondí afirmativamente, sin abrir la boca. Estaba un poco nerviosa.

—Yo soy Adrian Harvester. Me puedes considerar algo así como el *manager* del grupo, por decirlo de alguna manera.

—¿*Manager*? —no pude evitar mencionarlo con cierta inquietud.

—Tranquila, me ata una especie de lazo familiar con uno de ellos. No debes de preocuparte, tenemos plena autonomía. ¿Cuál es tu nombre? Nunca lo dijiste por terminal.

—Yo... me llamo...

Me miró, extrañado.

—¿No sabes tu nombre? O más bien, no puedes o quieres decírmelo.

—Es difícil de explicar. Necesito estar en el anonimato.

Él me miró con un gesto de compasión. Más tarde me dijo que comprendió hasta qué punto había estado sola en esa colonia, ya que entendió que en todos aquellos meses no había tenido que inventarme un nombre para que se dirigieran a mí y les bastaba a todos con gestos e increpaciones.

—Tranquila, pronto verás que lo que todos queremos, en cierto modo, es empezar de cero.

Aunque debió haber sido al revés, eso me hizo sentir muy aliviada. No me importaba por qué todos tenían algo que ocultar, sólo me importaba que a mí me pasaba lo mismo y eso me bastaba.

Subimos a la nave y estuvo un buen rato dándome conversación. Mi primera impresión de él fue buena. Lejos de hablar de manera inmediata de la música intentó que me sintiera cómoda, tranquila, relajada. Supongo que también era consciente de que había tenido pocas conversaciones por placer desde que había puesto un pie en aquella colonia.

—¿Cuál es nuestro destino? —pregunté al fin, preocupada.

—Si lo dices por posibles problemas con tu identidad, no debes alarmarte. No vamos a ningún lugar sujeto a leyes concretas.

—¿Por qué confía en mí a pesar de todo lo que no puedo contarle?

Se giró un momento, aún manejando los mandos de la nave, y me miró con una leve sonrisa.

—No eres precisamente la primera persona que conozco en esa situación —se limitó a contestar—. Estamos a punto de llegar. Puede verse ya nuestro destino.

Al principio el reflejo de una estrella cercana me impedía verlo con claridad, pero en cuanto un planeta se interpuso entre medias pude distinguir el increíble lugar al que nos dirigíamos. Era una estación espacial, o quizás un satélite, no lo sabía decir bien. Era como una pirámide muy alta y truncada, con montones de salientes en sus cuatro caras, grandes como pequeños edificios y llenos de detalles tecnológicos labrados en el metal. Había mucho cristal también en su composición, y la base poseía algo que parecían ser turbinas, o si no lo eran lo evocaban de manera muy patente.

—¿Qué es ese lugar? —no pude evitar preguntar, fascinada.

—Bienvenida al Acorde Cósmico, nuestro estudio y sede —dijo solemne Adrian Harvester, al que a partir de ahora llamaré Adrian, a secas. No es ningún misterio que también un lazo de confianza acabó uniéndome a él.

La nave entró al lugar por uno de

aquellos salientes laterales y no tardó en ser acoplada por medio de brazos robot que la guiaron y libraron a mi acompañante del pilotaje humano. De ese modo los últimos tramos los efectuamos de manera lenta pero con precisión total.

Nada más detenernos del todo Adrian me dejó bajar a mí primero y me fue guiando por los tecnológicos pasillos, todos ellos labrados con artefactos completamente incomprensibles para mí, pero dejándome la patente sensación de que era como si estuviera dentro de una inmensa máquina de máquinas, a cada cual más extraña y sofisticada. No tardamos en llegar a una sala de factura similar, pero con asientos y mobiliario habitual y que contrastaba con la exagerada tecnificación del entorno, así como con amplificadores, guitarras, una batería y otros instrumentos en un lateral. Allí había tres ocupantes, que me fueron presentados uno por uno.

—Como ya te dije, todos aquí tienen cosas que olvidar, de modo que cada uno ha elegido como seudónimo el efecto de una pedalera de guitarra eléctrica. Este de aquí es Overdrive, el guitarrista.

Mi fascinación fue en aumento. Overdrive no era humano. Era un *alien*, perteneciente a una especie muy rara y casi extinta llamada los Exiliados. Sabía que existían, de hecho, pero jamás había visto ninguno. No sabía si darle dos besos o no y al final fui a estrechar su mano gris cuando vi que poseía dos manos al final de la muñeca y me quedé quieta, sin saber cómo debía hacerlo.

—Tranquila, le pasa a todo el mundo —explicó Adrian con calma—. Este es Delay, el bajo —prosiguió señalando a un chico con gafas y mitones de piloto al que sí di dos besos— y este es Fase, el batería —terminó señalando a otro chico, con el tatuaje de “Ídolo Binario” que en su momento ya describí y que saludé de manera similar.

—Hola, espero que estés muy bien por aquí —dijo tratando de ser algo menos escueto que los demás, y comprendí que él debió ser con quien hablé la mayor parte de ese tiempo.

—¿Dónde está Distorsión? —preguntó Adrian, y le vi torcer el gesto por vez primera

desde que le conocí.

—Ahora vendrá —se limitó a comentar Overdrive.

—De acuerdo. Mientras tanto, creo que sería bueno que eligieras un nombre para ti misma —me aconsejó—, de modo que podamos llamarte con él, y que sea acorde con el de los demás, aunque si quieres ponerte otro por otro motivo no tenemos el menor problema.

—No, me gusta lo de los efectos. No sé mucho de efectos de guitarra, pero desde que he llegado, he notado que mi voz hace eco en muchos de los sitios por los que paso. Así que podéis llamarme Echo, como el efecto sonoro.

No pude evitar notar una ligera risilla en Overdrive, así como en Fase.

—¿Qué ocurre?

—Desde que llegamos a este lugar —explicó Overdrive— todos nos hemos puesto el nombre porque algo en el ambiente nos motivó a hacerlo. Delay lo hizo porque pensaba que este lugar era una pausa a sus problemas. Fase se sintió como si estuviera más allá de lo conocido, desplazado, en una fase distinta. En mi caso, este lugar pertenecía a los antepasados de mi especie, y la primera vez que llegué aquí solo sentí que mi voz era inmensa, amplificada en todas sus paredes, por eso elegí Overdrive, que produce el mismo efecto en una guitarra.

—Hay otro motivo personal también para ello, aunque no importa, ya lo diré en alguna otra ocasión. Digamos que Echo ya era mi mote, en cierto modo. Qué hay de... ¿Distorsión, se llamaba?

Nadie dijo nada. Sólo Adrian me miró con afabilidad, tratando de decirme que todo estaba bien.

—Su caso es distinto. Él se lo puso...

—... porque su presente es sólo una distorsión de lo que fue su pasado —dijo un chico entrando en la habitación, con el rostro lleno de quemaduras, y de quien no tuve la menor duda que era el cantante y líder de aquella formación.

Enlace a la canción 'The Ghost':

<http://balambgardenmusic.blogspot.com.es/2011/12/ghost-cancion.html>

Libro The Jammers:

<http://thejammerslibro.blogspot.com.es/2012/09/comprar-el-libro-yo-apoyar-el-proyecto.html>

